

4. PABLO NARRA SU PASADO, SU PRESENTE Y SU FUTURO



Pablo quiere dar a conocer a Jesús. No tiene otros intereses. Con su comunicación del Evangelio desea provocar en los demás un encuentro personal, semejante al que él vivió en aquel luminoso día en Damasco. Pero para testimoniar su real encuentro con Jesús, se siente obligado a hablar también de sí mismo. Y es providencial porque así muestra cómo aquella historia, que creía era su historia, construida con “sus propias manos”, era la “historia” que Dios construía con él, sin que él lo supiera. Muchos dudan que él sea apóstol como lo fueron aquellos doce que siguieron a Jesús, a lo largo de Palestina y que lo vieron morir, recibiendo al tercer día el anuncio de la resurrección. Sus enemigos afirman que su predicación es falsa porque, sustancialmente, él afirma que la fe en Jesús es más importante que las obras externas, las cuales no son garantía de salvación. Por el contrario, ¡la fe las provoca! Otros ponen en guardia a las comunidades que él ha fundado, instigándolas a creer que Pablo las había engañado. Sus adversarios dicen que lo que él llama “mi evangelio” es un modo fácil para hacer discípulos, una carrera a la “carrera apostólica”.

Al contrario, los enemigos de Pablo, declaran que las obras buenas son el “precio” que deben pagar a Dios por la salvación. En cambio, Pablo predica que Dios nos salva gratuitamente, en Jesús, porque nos ama. La fe en Jesús es la respuesta a su amor misericordioso. Ella produce las buenas obras, que él llama “fe operosa”. La fe nos hace asumir ante Dios el lugar justo, que es el de pecadores salvados.

Ante tantas acusaciones, Pablo comprende que el arma vencedora es la prueba de los hechos. De ahí el recurso a la “memoria” en forma de “testimonio” de cuanto le ha ocurrido. Para contrarrestar estas calumnias, ante la comunidad de Filipos, a la que escribe poco antes de su muerte, narra su pasado vivido en la Ley, pero sin Cristo; su presente con Jesús y su futuro hacia Jesús, para vivir en plenitud. Pablo recuerda con orgullo, que cuando era fariseo, sin Jesús, hebreo de raza y de la tribu de Benjamín, por su compromiso en la observancia de la Ley, llega a ser hasta fariseo y perseguidor de los cristianos. En esta fase juvenil de su vida vive su fidelidad a Dios con todas sus fuerzas, según el proyecto judaico: observaba las leyes mosaicas, los mandamientos de Dios, los ritos sagrados y las oraciones, todo a la perfección. Era tan observante que ni siquiera Dios le podría encontrar algo inconveniente en su conducta. Ninguno podía acusarlo de infidelidad.

Pero... en Damasco todo cambió. La luz que lo envolvió le mostró que la importancia humana que le daba tanta gloria, era una máscara pesada que le impedía ver en Jesús el rostro del Mesías enviado por Dios. Después de haber narrado su pasado, confiesa con emoción: «Pero todo lo que para mí era ganancia lo consideré una pérdida, por Jesús mi Señor». Pablo afirma con gran conmoción que Jesús es ahora su Señor, es decir, su todo, su mayor riqueza, su tesoro, su único amor. Pablo cristiano no es ya la persona comprometida en observar la Ley, sino un hombre que vive con Jesús una relación personal, de amigo a amigo. Saulo, fiel a la Ley, como garantía de salvación ahora es Pablo: en Jesús, con Jesús y por Jesús. A los amigos de Filipos les confía que su único deseo, es querer vivir en Jesús como en su propia casa: «deseo ser encontrado en Él».

El camino para llegar a esta meta es la relación de fe, entendida como escucha, diálogo, camino espiritual que conduce a tener el mismo pensamiento de Jesús, su misma voluntad, su mismo modo de amar. Por esto afirma: «Para mí vivir es Cristo». ¡Sin Cristo me siento muerto! Y expresa esta sublime experiencia diciendo que quiere “vivir la justicia de Dios basada en la fe”. Con estas palabras el Apóstol afirma que sólo la relación de fe, que es relación personal con Jesús, lo hace semejante a Él. Tener fe significa no sólo creer en Jesús, sino fiarse totalmente de Él, que ha dado gratuitamente su vida por todos. Una confianza/amor que transforma el uno en el otro. En la vida del discípulo, lo que cuenta verdaderamente es esta relación. ¡Todo lo que puede alejar de Jesús es basura!

El amor a Jesús, es al mismo tiempo, amor a los hermanos que ama. Pablo comprendió que a Jesús se ama en los hermanos, hasta dar la vida por ellos, como hizo Él. Y se define el “conquistado por Cristo Jesús”, a quien él responde “conquistándolo” cada día más. Parangona esta relación profunda con la carrera que al atleta le exige concentración de energías, opciones coherentes y orientación decidida hacia la meta. También Pablo tiene su única meta: es Jesús a quien amar y darlo a los demás con la palabra y con la vida. De aquí nace su pasión misionera sentida como deuda de amor y tan vasta como los horizontes del mundo. Pablo quiere restituir a Jesús su amor, amándolo en los hermanos, a quienes les lleva la alegre noticia del Evangelio de Jesús.

Sor Filipa Castronovo, Hija de San Pablo

